

FANTASÍA CROMÁTICA DEL RÍO CIBERNÉTICO VI

ROBERTO BAÑUELAS

Martina recorre las calles de la gran ciudad en busca de su hombre que hace más de tres meses dejó el poblado miserable donde los cerdos hozan cada mañana entre los charcos algo de porquería que de mantención a su reputación de parientes de los carroñeros con alas, buitres o zopilotes que también, bajo el diluvio del sol, trazan círculos para nutrir su existencia de agentes de salubridad sin paga, sin nombramiento ni vacaciones; junto a los cerdos pasan parejas o tríos de perros familiares y sarnosos que celebran cada día un acto continuado de hambre y solidaridad.

La familia de Melesio también sufría hambre, y por eso, él, como hombre y jefe de familia dijo que se iba a la ciudad de México y, que en el peor de los casos, como se lo había aconsejado su primo Nicomedes “hasta de limosna se vive acá”. Martina ya no piensa que está perdida, pues todas las calles conducen a ninguna parte: luego, buscando la sombra de los grandes edificios donde se alojan los testaferreros y vendepatrias, llega al cruce de Reforma e Insurgentes. Un hombre, con la cara pintada para parecer la máscara de un demonio burlón, lanza al aire unas naranjas y realiza torpes malabares. Cuando pasa junto a ella, interrumpe el acto de pedir una moneda:

-¡Martina!

-¡Melesio!

Los nopales y algunos arbustos espinosos, al salir de la carretera asfaltada y tomar por un camino pedregoso, se ven más altos que el pobre caserío de donde, hace casi seis meses, Melesio había dejado a la mujer llorosa y dos hijos desnutridos. La abuela materna de los niños, dueña de algunas cabras de las que son capaces de comer entre las piedras o de encontrar con la lengua las hojas escasas de los arbustos espinosos, con la venta de la leche y de algún cabrito que no alcanzará la mayoría de edad, sobrevive y da manutención a las dos criaturas que cada día, entre lloriqueos y sorbidos de mocos, preguntan por su apá y su amá.

Tarde de cielo nublado, de ceniza esparcida hasta donde las montañas -áridas y calvas- le ponen un dique al horizonte. Tras las casas de adobes carcomidos por las lluvias de otro verano, una mujer con fuerza de hombre y aspecto de anciana, cava una fosa para dar sepultura al Tarzán, perro que murió en una pelea con perros más fuertes que reclamaban su parcela en la ardiente brama. El viento del atardecer gime entre las ramas casi desnudas de los escasos árboles. Dos niños observan, tristes el trabajo que hace la abuela.

Melesio y Martina, abrazados y sintiendo el rescolde del amor, caminan abrazados, regalándose el espec-

táculo de todos los escaparates de la calle de Tacaba. Se miran hasta el fondo de sus ojos y siguen caminando, convencidos de que las tiendas están llenas de todo lo que ellos no pueden comprar.

Constructores constantes de geometría vegetal, los cactus, con capullos que serán tunas de raro néctar, florecen también en espinas para desafiar y vencer a las sequías.

Afuera de la casucha de láminas metálicas y cartones, en el mismo anafre en que Martina prepara la comida para Melesio y el primo Nicomedes, que les dio posada por una semana hace más de tres meses, ella prepara fritangas que los albañiles de una construcción cercana compran y devoran entre miradas al sesgo, alusiones y chistes tejidos con tres o cinco palabras escapadas entre dientes dispares o faltantes.

La abuela surge, remienda, limpia los frijoles de basura y posibles gorgojos; hace bocina con las manos y llama a los nietos para que vengan a cenar. Así se va otra tarde.

Martina limpia el anafre y tira las cenizas frente a la casucha del primo. Luego cuenta las ganancias y piensa que pronto irán al pueblito a recoger a sus chamacos, si es que a Melesio no lo enreda alguna cusca del otro barrio, pues cada día –o noche– le ha dado por llegar más tarde, y, después de cenar y de contar nuevas mentiras, dice que está muy cansado. De aquello: nada.

Anteayer murió una vecina; todos le echan la culpa a la comadre, que no era comadrona, y no supo qué hacer a la hora del parto. Hubo colecta entre los vecinos y los conocidos de más allá para pagar el humildísimo entierro.

Parece que nadie murió y que nadie va a morir; hoy, la vida ya es igual a la de mañana.

Melesio se acerca a un balcón enrejado y de la luz de la calle a la penumbra del interior ve que una sirvienta hace limpieza en la sala con muebles de bejuco y

una mesa y un reloj como torre que en ese momento comienza a campanear las doce del día.

–Dile a tu patrona que si compra mangos, ¿sí? Dile que están muy buenos...

– Que nada más dos pesos.

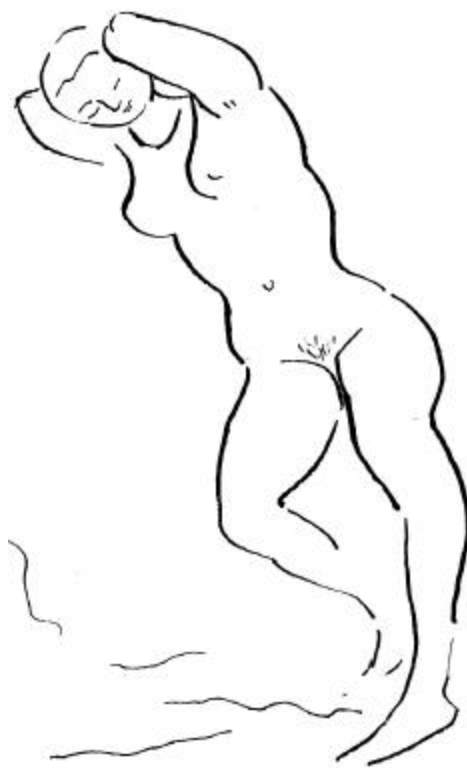
Melesio entrega la fruta, dice gracias y se echa a caminar en busca de otro cliente.

“Se reparan y visten Niños Dioses”.

Una mujer, a veces dos o tres, frente a los cruces de calles señalados por semáforos, trotan con su niño a cuestas, colgando del rebozo por la espalda. A pesar del calor, a los niños goteantes de sudor no les falta su gorro y su chambrita. Ellas, casi todas, caminan descalzas y trotan para tratar de vender a los automovilistas, cuando se produce el alto, paquetitos de golosinas y artesanías bordadas con hilos de colores. Los neuróticos al volante, esperan con ansiedad la luz verde para llegar antes al otro alto.

“Se curan enfermedades secretas”.

La tarde del domingo se disuelve en bermellones y



Juan Soriano

violeta. Martina, sin dejar de observar en el cielo el nacimiento de otra noche, recuerda los caminos y veredas de su infancia para que se le haga menos larga la espera porque Melesio quién sabe hasta dónde se habrá ido a vender los globos.

Martina visita la catedral, y auxiliados con todas las oraciones que aprendió desde que era niña, las musita frente a la escultura de un santo todo ojos, que mira sin parpadear hacia los ojos de la suplicante. Desde el centro del altar mayor un sacerdote, armado de moderno micrófono inalámbrico, hace promesas de felicidad para otra vida después de la muerte y algunas advertencias inútiles de un infierno innecesario.

Cuando Martina sale del inmenso templo, casi se tropieza con una penitente exhausta que se había quedado dormida y acurrucada junto a la puerta casi del cielo. La gente que cruza en diversas direcciones sobre la explanada del Zócalo, es más numerosa que toda la que habita el pueblo que dejó ya casi un año.

Los vendedores de golosinas, globos, juguetes y amuletos, compiten desde su monótona verborrea para hacer cambiar de dueño su propia mercancía.

Martina, dispuesta a regalarse un día de fiesta, camina por Cinco de Mayo hasta la Alameda Central.

La hija de los danzantes toca la puerta del corazón de los mirones y adelanta el sombrero de palma por si alguno quiere desprenderse de una moneda.

Absorta, caminando con la mirada hacia el fondo del espejo, Martina contempla el pasado de su vida reunido en el presente oscuro y brillante de sus ojos. El espejito da marco y profundidad a su rostro. Mientras peina su densa cabellera, abandona el espejo sobre el camastro en el que durmió e hizo el amor frenético con su hombre. Se incorpora y contempla su cuerpo desnudo, se cubre los senos ondulando su cabello sobre el pecho y posa sus manos en derredor del ombligo. Después de unos momentos de satisfacción y de silenciosa alegría, comienza a vestirse lenta y suavemente.

“Compre su calavera de azúcar y prolongue su vida comiéndose a la muerte”.

La pareja de clasemedieros que camina por un sendero de la Alameda, confirma con su aspecto la regla y diferencia de que el hombre es masculino y la mujer más culona.

Sobre la tumba de aquella vecina que murió de parto ha comenzado a crecer la hierba; una planta de anchas y brillantes hojas trepa por la cruz y llega ya hasta donde están el nombre de Cirila Palma y una pequeña cruz en diagonal, grabada con escoplo, y la fecha: 12-IV-1996.

Martina tendida sobre un sarape, duerme y sueña un juego de ronda con sus hijos. Cuando los niños se desasen de sus manos y ella intenta correr para alcanzarlos, frutos crecidos de cactus espinosos ruedan sobre sí mismos para cerrarle el paso. En los momentos angustiosos en que sus hijos se confunden con el cardenal, ella retorna al mundo de los vivos y, con su propio grito, despierta también a Melesio.

–Estabas soñando feo, Martinita.

–Sí, muy feo... Lo que pasa es que ya no aguanto las ganas de ver a mis hijitos. ¿Por qué no vamos por ellos, o nos quedamos a trabajar allá: al cabo va ahorrarnos bastante y algo podremos hacer ahora que sabemos trabajar más cosas, digo yo...

Melesio mira al techo de láminas y, entre la saliva gruesa y las ideas no muy claras, responde:

–Aquí nos está yendo muy bien y ellos están bien cuidados por la abuela.

–Entonces me voy yo sola –replica ella con doliente resolución.

–Tá bien... Yo me voy contigo.

Como premio de anticipación al viaje que será dentro de cinco días, hacen el amor con furia jubilosa, sin pensar en la amenaza de otro niño agregado a los millones de desamparados que gimen por el mundo.

FIN. 🐱

De la película Martina y Melesio